

Las fiestas del Matarraña

FRANCISCO JAVIER SÁENZ GUALLAR
ANTROPÓLOGO

El patrimonio festivo de la comarca del Matarraña es uno de los más ricos, variados y singulares de todo Aragón. Junto a antiguas tradiciones festivas que se han conservado sin apenas cambios, encontramos otras fiestas recuperadas con acierto en los últimos tiempos. Además, se han ido creando nuevas celebraciones como formas alternativas de entretenimiento y diversión o como ritualización de determinados aspectos de la cambiante realidad social. Todo ello es una buena muestra de la excelente vitalidad de esta comarca de frontera con Cataluña y el País Valenciano, circunstancia que también influye en su riqueza festiva.

El calendario festivo comienza con las celebraciones dedicadas a San Antonio Abad, el santo protector de los animales domésticos y de labor y, por extensión, de todas las actividades agropecuarias. Estas fiestas de invierno en honor al santo ermitaño son, junto con las patronales del verano, las más importantes y las más esperadas en muchas localidades. La hoguera, la bendición de animales y el reparto de pastas son los actos básicos que no faltan en ninguna población. En Valderrobres, después de la misa y de la procesión se recitan «los dichos» al santo, en los que, con un tono jocoso y satírico, se hace un repaso a los hechos más importantes ocurridos en la localidad durante el año.

En La Fresneda, La Portellada, Ráfales, Torre del Compte y Valderrobres hacen su aparición ese día los **diablos**, **diablets** o **diableras**, personajes procedentes quizá de antiguas representaciones de la vida de San Antón, que animan la fiesta persiguiendo y asustando a los niños y bromeando con los mayores. Participan también, junto con los miembros de la comisión de fiestas, en las «llegas», «plegas» o «cercavilas» que recorren los pueblos para recoger los presentes que los vecinos entregan para su subasta posterior en «la oferta», con la que se financia la celebración. Los trajes de estos diablos son de tela de saco de arpillera y van pintados con figuras alusivas: gatos negros, serpientes, sapos, lagartos, escorpiones, murciélagos, etcétera. En Valderrobres, sin embargo, los disfraces son rojos y en La Portellada, negros.



Diablos de La Fresneda frente a la hoguera de San Antón

En esta última localidad, en vez de dos únicos diablos, como es lo habitual, salen varios, y junto a un «llangosto de foc», fabricado recientemente con fibra de vidrio, forman un «correfoc», o pasacalles pirotécnico, a imitación de los existentes en Cataluña. Este «correfoc», además de participar en la mayoría de las celebraciones locales, se alquila para los pueblos que quieran incluirlo en sus fiestas o en cualquier otra manifestación cultural. Los **diablos** o **diablets** de La Portellada tienen un papel principal en la escenificación de la **Vida de San Antonio Abad**, una representación popular de las tentaciones del santo en el desierto que es la única que queda de todas las que tenían lugar en la comarca. No se celebra todos los años, sino cuando las circunstancias y las ocupaciones de los vecinos lo permiten.

En Torre de Arcas se ha recuperado recientemente la fiesta de la **esquellada**, protagonizada por los niños de la localidad. Estos recorren las casas del pueblo haciendo sonar esquiles, «esquelles», para llamar la atención de los vecinos. En cada puerta gritan: «Que Sant Antoni guarde els animals», y rezan un padrenuestro si se les pide. Al acabar, la gente les entrega dulces, pastas y todo tipo de chucherías. Antes también recogían la leña con la que se preparaba la hoguera.

Pocos días después de la festividad de San Antonio Abad, para San Sebastián, en Mazaleón tiene lugar la singular procesión de las **panbenditeras**. Es un antiguo rito en el que las jóvenes de la localidad, ataviadas con el traje popular de gala, llevan solemnemente hasta la iglesia en cestillos de sarga, o «panistres de pujar el pa beneit» colocados sobre sus cabezas, el

pan que una vez bendecido se repartirá a la salida de misa entre todos los asistentes. Este rito, en el que antiguamente sólo participaban las mujeres solteras, se vuelve a repetir otra vez en el verano, en las fiestas mayores.



Panbenditeras de Mazaleón

La celebración de la fiesta de Santa Águeda, a primeros de febrero, ha retomado un inusitado auge en los últimos tiempos. En Calaceite, Cretas,

Lledó y algunas otras localidades, desde hace unos años, se nombra para ese día un ayuntamiento constituido sólo por mujeres que sustituye, de manera simbólica, a la corporación municipal elegida en las urnas. Cada nueva alcaldesa, en su primer acto de gobierno, hace público desde las ventanas de la casa consistorial el bando en que se especifican las normas por las que se regirá la población durante ese día, sobre todo en lo que se refiere a la relación entre los dos sexos. Además, no faltan las meriendas, las comidas, los bailes, el reparto de las pastas llamadas «tetas de Santa Águeda» o «mamellets» e incluso la suelta de vaquillas, pero siempre con las mujeres como protagonistas.

El Carnaval tradicional, tras su prohibición al finalizar la Guerra Civil, quedó reducido a algunas manifestaciones protagonizadas por niños, que no se persiguieron en su día por considerarlas supuestamente inocentes e ingenuas, como la fiesta del **choricer** que se celebra el jueves lardero. Este día los niños y adolescentes se iban fuera de las poblaciones a merendar un trozo de chorizo o longaniza que debía de medir lo mismo que el palmo de su mano. En la actualidad, todo el mundo participa de esta fiesta saliendo a comer, ya no sólo a merendar, y a pasar el día en el campo. Entre las fiestas de Carnaval que se organizan en la comarca, según el modelo de los carnavales urbanos en los que priman los desfiles y las comparsas, la más original sin duda es la de Valderrobres, que entre sus actos incluye una **fantasma-da**, o concentración nocturna de disfraces a los pies del castillo, en la que los participantes deben llevar únicamente trajes relacionados con el mundo de ultratumba.



Disfraces del Carnaval de Valderrobres

La Semana Santa en el Matarraña ha ido incorporando también, en mayor o menor grado y como viene sucediendo prácticamente en todo Aragón, el toque del tambor y del bombo por influencia de la tradición existente en algunas localidades bajoaragonesas. No obstante, lo más peculiar en la comarca es la merienda campestre del lunes de Resurrección en la que se come la **rosca** o la **mona de Pascua**, de distintas formas y tamaños pero en la que nunca faltan los huevos duros. Antes, estas rosca se las regalaban a los niños sus padrinos o sus abuelos hasta que hacían la primera comunión, muchas veces elaboradas por ellos mismos. Ahora se compran en los hornos de pan y en las pastelerías.

El lunes de Pascua se inicia un largo periodo, que no finaliza hasta bien entrado octubre con la festividad de la Virgen del Pilar, en el que los pueblos de la comar-

ca acuden en romería a los santuarios que pueblan sus términos. Las primeras salidas al campo, en la primavera, son un reencuentro con la naturaleza y buscan propiciar una buena cosecha, con la bendición de los campos y con rogativas para pedir agua de lluvia. Las del final del verano forman parte de las fiestas patronales de la mayoría de las localidades. Entre todas las romerías que se celebran, la más singular es sin duda la del pueblo de Vallibona, en Castellón, al santuario de la Virgen de la Fuente en Peñarroya de Tastavins, que tiene lugar cada siete años —la próxima será en el año 2005— y que tanto por su leyenda de origen como por la forma de llevarse a cabo presenta todas las características de las conocidas romerías penitenciales del Maestrazgo.

Los principales lugares de romerías de la comarca son, entre otros, el santuario de la Virgen de la Misericordia en Cretas, el de la Virgen de Montserrat en Fórnoles, el de la Virgen de Gracia en La Fresneda, el de la Virgen de la Consolación en Monroyo, la ermita de San Hipólito en Arens de Lledó, la de Santa Ana en Calaceite, la de San Pedro Mártir en Fuentespalda, la de San Rafael en Ráfales, la de los Santos Abdón y Senén en Valderrobres, etcétera. En general, en las romerías que se hacen a estos lugares sobresalen los aspectos festivos y de interacción social y comunitaria sobre los de protección, curativos y de patronazgo.

El verano es la estación festiva por excelencia, a la que se han trasladado muchas celebraciones que antes tenían lugar en otros momentos del año, aunque en general predominan las patronales o las llamadas fiestas mayores. No obstante, la fiesta que inicia la estación, la de San Juan, se celebra ya de manera destacada en la comarca, sobre todo en lo que se refiere a la práctica de ritos individuales con las aguas o con las plantas. En Valjunquera, por ejemplo, todavía se conserva, junto a la ermita de Santa Bárbara, el roble donde se ejecutaba el conocido rito de curar a los niños herniados. En cualquier caso, en julio y agosto, ya no hay ningún fin de semana en que algún pueblo de la comarca no celebre sus fiestas. Las advocaciones más festejadas son San Sebastián, San Antonio Abad, la Asunción de la Virgen, San Roque, San Bartolomé y San Miguel.

En la celebración de estas fiestas encontramos dos modelos básicos y diferenciados. En las que tienen lugar en las poblaciones más grandes, el ayuntamiento ostenta un papel protagonista en la programación y financiación de los actos, que suelen ser muchos y variados, se siguen eligiendo reinas y damas a través de las asociaciones radicadas en las localidades, las peñas son el núcleo de la fiesta y uno de los actos principales es el desfile de carrozas. En los pueblos pequeños, por el contrario, la organización de la fiesta corre a cargo de una Comisión de Fiestas en la que el ayuntamiento es un miembro más, que prepara rifas, participaciones de lotería y cualquier otro recurso para obtener fondos que permitan financiar los actos programados, que en general se suelen centrar en algún aspecto peculiar y característico de la población.

El verano es también el momento en el que se han situado las nuevas fiestas creadas recientemente, como la itinerante **Trobada Cultural del Matarranya**, que

organiza la Associació Cultural del Matarranya como un encuentro comarcal con un destacado componente reivindicativo y cultural y cuya decimotercera edición tuvo lugar en Beceite en 2002, o la **Alifara Jove**, celebración también itinerante por la comarca pero con una intención más puramente festiva y de diversión.

En otoño las fiestas decaen, aunque San Miguel, el Pilar y Santa Bárbara animan todavía la vida de algunas localidades. En cuanto a la Virgen del Pilar, es significativo el elevado número de ermitas y capillas levantadas en su honor. Parece como si, consciente o inconscientemente, se quisieran remarcar con ellas, de manera simbólica, los límites administrativos con Cataluña y el País Valenciano. Lo más característico de las celebraciones dedicadas a la Virgen del Pilar en la comarca, aparte de la típica ofrenda de flores, son las hogueras que se encienden la víspera por las distintas calles de los pueblos, a diferencia de lo que ocurre en las fiestas de invierno donde lo normal es preparar una sola hoguera para todos. En torno a estas hogueras los vecinos pasan la velada, y en algunas poblaciones como Valdeltormo y Mazaleón se hacen estallar los «tiradós» o «escladors». Los «tiradós» son largas varas de junco, sisca o anea, que se van a recoger unos días antes al río o las balsas, y que después de pelarlas se guardan en cubos o recipientes con agua para que se mantengan húmedas. Una vez encendidas las hogueras el día de la fiesta, calientan en ellas estas varas y cuando están a punto las golpean fuertemente contra el suelo o las paredes de las casas, produciéndose entonces un estallido como el de un petardo.

El otoño, junto con la primavera, es la estación en la que se concentran las ferias y exposiciones que se organizan en la comarca, como la **Feria del Olivo y del Aceite** (Calaceite, finales de abril), la **Feria de Maquinaria Agrícola y Ganado** (Valderrobres, primeros de mayo), la **Muestra de Arte y Artesanía** (Valderrobres, primeros de julio), la **Feria de Septiembre** (Valderrobres, primeros de septiembre), y la **Feria de Alimentos y Artesanía del Maestrazgo** (Monroyo, primeros de noviembre). También el **Día dels Bolets**, en Beceite, que muestra el mundo de los hongos en todas sus facetas, tiene lugar por estas fechas, concretamente a mediados de octubre.

En el Matarraña, para la Navidad, aparte de las tradiciones comunes a otros lugares que conocemos todos, encontramos un rito propio que da singularidad en la comarca a esta fiesta de comienzo del invierno, el **tronc de Nadal**. En la Nochebuena, los mayores de la casa introducían en un tronco de leña, al que previamente habían vaciado su interior, dulces, regalos y pequeñas sorpresas. Después lo colocaban en el fuego bajo de la cocina y llamaban a los niños para que con palos y bastones lo golpearan fuertemente, una y otra vez, hasta que soltaba su contenido. Con cada golpe debían decir: «Tronc de Nadal, caga tarrons i pixa ví blanc». Los niños observaban asombrados cómo el tronco les obsequiaba con turrones, peladillas, mazapanes, caramelos, frutos secos y pequeños juguetes. Luego se dejaba consumir el leño por el fuego y sus cenizas se esparcían por los campos y cultivos para fertilizarlos.

Esta tradición, que simboliza el doble sentido de la Navidad de refuerzo de los lazos familiares y de renovación de la vida, ya no se celebra apenas en las casas, que no están preparadas para ello porque casi no quedan viviendas con hogar o fuego bajo. Ahora se suele representar en común, en un espacio público, a iniciativa de asociaciones y ayuntamientos, y donde participan todos los niños que asisten.

Los niños son también protagonistas de **los calderons** de La Fresneda, la fiesta con la que podemos considerar que finaliza el ciclo festivo anual en la comarca del



Detalle de los **calderons** de La Fresneda

Matarraña. En la mañana del día cinco de enero, víspera de Reyes, los niños se reúnen en la plaza mayor llevando cada uno de ellos un arrastre confeccionado con todo tipo de cacharros metálicos atados a una cuerda (desde ollas y pucheros viejos hasta latas vacías de aceite o de lubricante para coche). Hacia el medio día inician un recorrido por las principales calles de la localidad que finaliza alrededor del árbol navideño que el ayuntamiento planta cada año delante de su fachada, donde continúan corriendo y jugando. El enorme estruendo que organizan los pequeños en su periplo por el pue-

blo pretende, según cuentan ellos mismos, llamar la atención de los Reyes Magos sobre la presencia de niños en el pueblo con el fin de que no pasen de largo y olviden dejarles sus regalos.

Bibliografía

- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio: *Las tentaciones de San Antonio en La Portellada*, Ayuntamiento de La Portellada, La Portellada, 1997, 130 págs.
- CLARAMUNT ADELL, Teresa: *Contalles. Així parlem a les comarques de la Franja*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1985, 160 págs.
- GONZALVO VALLESPÍ, Ángel: «La fiesta de San Antón en el Matarraña», *Teruel. Boletín Informativo de la Diputación Provincial de Teruel*, 20, Teruel, 1989, págs. 46-51.
- PALOMAR ABADÍA, Salvador y FONTS PALLACH, Montsant: *La festa de Sant Antoni al Matarranya*, Associació Cultural del Matarranya-Carrutxa, Cretas-Reus, 1993, 94 págs.
- PELLICER LUCAS, José Alberto: *Bajo Aragón. Fiestas y Tradiciones*, Libros Certeza, Zaragoza, 1997, 310 págs.
- SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier: *La fiesta en Teruel*, Colección Aragón-LCD, PRAMES, Zaragoza, 2000, 120 págs.
- SÁENZ GUALLAR, Francisco Javier: «Primavera en Teruel: tiempo de romerías», *Trèbede*, 51, Zaragoza, 2000, págs. 14-18.
- SÁNCHEZ SANZ, Elisa: «Las panbenditeras bajoaragonesas: ¿un residuo de religiosidad greco-romana?», *Al-Qannis. Boletín del Taller de Arqueología de Alcañiz*, 7, Alcañiz, 1997, págs. 101-120.

Los 33 cipreses de Santa Mónica

RAMÓN MUR

Cualquier atardecer es bueno para subir a Santa Mónica y saludar a los 33 cipreses que hacen guardia permanente ante el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat. Tanto si el día ha sido de crudo invierno, de sol abrasador de agosto como si ha habido tronada, los cipreses están allí para recibir al visitante, saludar al viajero de paso por la carretera de Morella, proteger al vagabundo o satisfacer al contemplativo.

Los cipreses de Santa Mónica agradecen siempre las visitas. El adelantado, que abre camino o la escuadra de los diez más fornidos y corpulentos. O los cinco ancianos, uno de ellos seco desde hace años. Y los tres más jóvenes, dos adolescentes y un jovencuelo, que tienen muy cerca un trío de cipreses tan frondosos como los del escuadrón principal. Son, en total, los 22 que rodean al conjunto monumental del santuario. Y quedan todavía once más, menos agrupados, que parecen buscar la salida a la carretera, como en dirección hacia las Ventas de Valdealgorfa donde tendrán que decidir si descienden hacia Calaceite, se retuercen por la vega del Matarraña camino de Valderrobres, o siguen la ruta de Alcañiz.

Santa Mónica es punto de encuentro en mayo de los pueblos del Mezquín y del Matarraña. En día de romería la ermita de Fornóles recobra vitalidad. Pero este lugar del Matarraña es para-je de soledad, monasterio de meditación y recogimiento. Todos los días del año son recomendables para enclaustrarse entre la arboleda, en atardecer oscuro y gris, o dejarse cegar por el sol de vencida que se filtra a través de las añosas ramas de los 33 cipreses de Santa Mónica.



Ciprés y espadaña del santuario de Santa Mónica o Montserrat. Fornóles

La consolación del peregrino

RAMÓN MUR

La Ermita de la Consolación de Monroyo es otro punto de la comarca del Matarraña que merece detención y atención en la ruta hacia el mar Mediterráneo o ascendiendo del litoral hacia el interior. El viajero tiene el santuario a pie de carretera con dos entradas desde la Nacional 232. Pequeña basílica de múltiples edades de la historia, está situada en un enclave conocido como «Los Pinares de Monroyo», a unos tres kilómetros de esta población.

En este paraje dice la tradición que un caballero errante encontró protección o «consolación» de la Santísima Virgen en un día de gran nevada. Por los alrededores del santuario se encuentran numerosas conchas de peregrinos. ¿Peregrinaba a Santiago el caballero desorientado, cruzaba estas sierras un ramal de la ruta jacobea?

La ermita de la Consolación se levanta sobre una hermosa campa ornamentada con seis cipreses y un mítico olmo no muerto del todo porque los árboles no mueren ni después de talados. No extraña que éste fuera lugar de consuelo al peregrino, hospital de guerra y tuviera casa de eremita hoy restaurada para las acampadas y las convivencias romeras en lunes de Pascua de Resurrección.

En las antiguas caballerizas del edificio hay un espacio abierto como un túnel con fogón para los asados y toda la contornada del santuario invita a pasar un día de asueto y descanso. Al lado de un moderno secadero de jamón y sobre una barrancada de profundos acantilados, La Consolación de Monroyo es igual que la Ermita de Fórnols incomparable punto para que el viajero visitante de esta tierra se detenga un tiempo a gozar de enclaustrarse entre la naturaleza para hacer contemplación.



Santuario de la Consolación de Monroyo

